

PEDRO NEL ALZATE VELÁSQUEZ

INSTITUTO DE FILOSOFÍA DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUÍA

# LA DESAPARICIÓN

## UN LENGUAJE SIN ESPACIO

pdr.alzate@gmail.com

*Recepción:* Mayo 2014

*Aceptación:* Agosto 2014

### RESUMEN

La desaparición, en un sentido estricto, es súbita y toma por sorpresa —como en un acto de magia—, de donde surge el asombro y, tal vez, la pregunta “¿qué pasó?”. Quedamos estupefactos frente a tal acto (así es de inhabitual). Pero luego se revela —aunque permanezca el secreto de la magia—, casi siempre en otro lugar, lo desaparecido. Es decir, lo desaparecido no desaparece, solo se oculta y se traslada, para alivio de nuestra inquietud. Entonces, ¿cómo tratar la desaparición, el desaparecer, el desaparecido, donde este sí queda, intensamente angustiante e intensamente sorprendente, desaparecido, sin poder encontrarlo en ningún lado?

### PALABRAS CLAVE

Desaparecer. Desaparecido. Desaparición.

### RESUMO

O desaparecimento, em um sentido estrito, é súbito y toma por surpresa- como em um ato de magia—, de onde surge o assombro e, tal vez, a pergunta “¿o que aconteceu?”. Ficamos chocados frente a um ato assim (tão pouco comum). Mas logo se revela-embora permaneça o segredo da magia—, quase sempre em outro lugar, desaparecido. Isto é, o desaparecido não desaparece somente se esconde e se movimenta, para alívio de nossa inquietação. Então, ¿como tratar a desapareição, o fato de desaparecer, o que desapareceu, onde ele sim fica intensamente angustiante e intensamente surpreendente, desaparecido, sem poder encontrá-lo em nenhum lugar?

### PALABRAS-CHAVE

Desaparecer. Desaparecido. Desaparição.

Son mis voces cantando  
 para que no canten ellos,  
 los amordazados grismente en el alba,  
 los vestidos de pájaro desolado en la lluvia.

Hay, en la espera,  
 un rumor a lila rompiéndose.  
 Y hay, cuando viene el día,  
 una partición del sol en pequeños soles negros.  
 Y cuando es de noche, siempre,  
 una tribu de palabras mutiladas  
 busca asilo en mi garganta,  
 para que no canten ellos,  
 los funestos, los dueños del silencio.

Alejandra Pizarnik

I

Nos han obligado, y con esto me refiero, efectivamente, a ellos: sujetos tácitos, ocultos en la expresión (no importa el *agente*). Se han esforzado lo suficiente para lograrlo. Han persistido en que dirijamos atenta, insistente e insufriblemente nuestra mirada a lo que para ella es invisible, indistinguible y, por ello, angustiante. No podemos verlo y, aun así, estamos obligados a verlo; ellos lo permitieron. Tarea que, en ocasiones, deja sin aliento, que conduce a que nos convirtamos (a pesar de lo atentos que podamos estar) en contempladores de un vacío, con la mirada perdida en él, moviendo los ojos por todas partes —haciendo de esta oscilación una dirección—, absortos, incluso absurdos.

A eso nos han empujado cuando hacen de la desaparición y del desaparecido algo que merece gran importancia, algo que aclama nuestra atención a cada momento.

Esto ha sucedido, y se puede ver —atendiendo a las palabras de *Columna de la desaparición*<sup>1</sup> cómo dicho término de “desaparecido”, en otros tiempos ya pasados y diferentes, constituía, no la evidencia de lo trágico (aunque tampoco era totalmente descartado), sino un hecho siempre posible, algo que no salía de lo habitual. No era imposible, ni impensable, mucho menos descabellado que alguien desapareciera, que se perdiera a la vista y que, tal vez, nunca volviera.

Así era, y ello porque *desaparecer*, el *desaparecido*, la *desaparición* misma tenían una naturaleza que lo permitía, es decir, no se pensaba en la desaparición como el último acto de quien desaparecía; aquel desaparecido no desaparecía para desaparecer, no *lo* desaparecían. Esto era un suceso que suponía un viaje o un nuevo comienzo o perderse en el camino de regreso a casa —desviarse—, o una

huida o, incluso, un morir en tierras lejanas; había un motivo fuera de la misma desaparición para que ésta tuviera lugar, pues, de hecho, tenía su razón: era un viaje, era una guerra, era la lejanía, era la vastedad de las posibilidades humanas.

Se desaparecía, pero no porque alguien quisiera desaparecer en el desaparecer mismo (si se huía, por ejemplo, era para salir de un lugar y llegar a otro, tal vez a esconderse; se iba a un sitio lejano, a otra parte, pero siempre a otra; y no era una suspensión en el acto mismo de desaparecer: siempre había un lugar en el que aquél, que se iba, estaba, sin importar su estado o su destino), se desaparecía porque era algo que formaba parte del vivir, había muchos motivos para ello, y por lo tanto, no reclamaba a todo momento nuestra preocupación, no valía la pena prestar atención a dicho acto como algo insólito, pues no lo era; podía deberse a muchas y diferentes causas, todas ellas dentro de lo acostumbrado, dentro de nuestra sencilla cotidianidad. No era un acontecimiento extraordinario, sino un día más; quizás un recuerdo que mantenía presente alguna imagen apenas emotiva, uno que traía a la memoria mejores momentos y que provocaba una sonrisa o, quizá, un suspiro, y que también suponía y daba la esperanza de un porvenir con el mismo gesto en los labios. No era inquietante saber acerca de la suerte del otro, puesto que se sabía que él, feliz o trágicamente, pudo haber logrado tener, también, su suerte. Por lo tanto, él no era lo que preocupaba; había cosas más importantes por hacer y sobre las que *pensar*; la jornada proponía sus propias necesidades. Aunque, es verdad, normalmente se conservaba una preocupación y un anhelo, pero es de humanos preocupar-nos y anhelar-nos constantemente. Es inherente a nuestra condición humana preocuparnos por el otro —aunque se encuentre lejos— y preocupar al otro por el estado en que nos encontremos. Saber que *está* es lo importante y, sin embargo, para ello no es necesaria la evidencia, no hace falta nada para que lo confirme; la partida tranquila de aquél era (y aún es) suficiente.

## II

Hoy día ya no *se* desaparecen. Desaparecen. Y esto es lo original, es algo notable —tan inusual ha sido—; se ha pasado de la impersonalidad que caracteriza a aquella *voz pasiva refleja*, donde no hay quien desaparece a quien, a la indicación evidente de un sujeto que desaparece a quien desaparece —y con “evidente” busco decir a la relación directa de la acción de desaparecer con un *agente* (no tan evidente) que, ahora, la ocasiona contra el otro. Ya no se busca por *cuenta propia* un motivo cualquiera para partir, que provoca, a su vez, la desaparición frente a lo familiar; ahora *lo desaparecen*. Lo cual constituye lo inquietante, porque ya no se da un paso a otro lugar cuando se parte, dejando atrás el recuerdo propio pero sin la presencia: con ella en lo lejano; sino que, ni siquiera, se da el paso, es pura interrupción del individuo sin previo (ni posterior) aviso; es un acto súbito que deja pasmado sin poder seguir un rastro, no deja una huella que conduzca hacia aquél

que desaparece, pues no la hay, no hay camino por donde aquél transitara que uno pueda recorrer para alcanzarlo. Es borrado sin emprender camino.

No podemos hablar únicamente del desaparecido, éste ya no se establece como la única preocupación en el acto de desaparecer, sino que se introduce dentro de una relación con quien lo ha desaparecido. La acción no recae en el mismo individuo que desaparece, sino que es un agente externo quien la realiza, y recae en él.

Así pues, la desaparición *deja de ser propia* y, sin embargo, empieza a tener significado propio, un significado en sí mismo, y ya no como resultado, a lo sumo, secundario de una despedida; sino como lo que atrae nuestra atención. Sale de ese carácter personal que contiene en sí todo lo que pueda constituir lo personal: no hay voluntad, no hay acuerdo, no hay disposición, no hay decisión, no hay ninguna posibilidad, o ésta no depende de aquel que desaparece. Y es que la posibilidad no permite que en nuestros tiempos, o más aún, que en nuestras fronteras, alguien desaparezca rompiendo con toda relación cercana a lo conocido ¡eso sería su muerte! Son tiempos inquietantes, eso admiten muchos, pero ha permitido que, quizá por lo mismo, reafirmemos y protejamos más la presencia del otro. Saber del otro, aun en su lejanía, no constituye mayor esfuerzo, y por ello él no desaparece.

Por lo tanto, tiene que haber algo —quiero decir *alguien*— que procure esto y que lo suspenda de ese modo, es decir, que lo mantenga como desaparecido.

Ellos lo hacen, esa es su labor: le dan su *carácter* al desaparecido.

La libre ausencia del otro que no permite indicarlo en el espacio siempre abierto (está en cualquier parte) —amplitud que imposibilita cualquier afirmación diferente a su ausente estado, que hace que su ubicación sea imprecisa, pero no imposible, y que, por lo tanto, dice que él está en un lugar; que permite la posibilidad de una, tal vez, futura presencia del que siempre está, aunque ausente, gracias al movimiento propio en la inmensidad del espacio, del ir y venir de un lugar a otro, del caminar, llegar y detenerse, del conocer, olvidar y, tal vez, reencontrarse—, a esa ausencia ellos la introducen en un espacio fatal, cerrado y suspendido, la limitan (pierde su libertad) a éste, el cual nos dice que indudablemente *está* ahí en un espacio *en vilo*, sin lugar alguno, siempre fuera de sitio, donde no es posible ubicarlo: no hay lugar en el cual el desaparecido pueda estar, ¡sabríamos de él!, se podría encontrar, no sería un desaparecido. Es un espacio que nos dice que, efectivamente, quien desaparece está suspendido, desaparecido. Y que no podrá ser encontrado.

## III

Ellos causan la desaparición al forzar la ausencia del otro. Y dado que originan una verdadera fuerza, una violencia que se presenta como *desaparición*, es impactante y, mínimamente, atrae nuestras miradas. Su carácter no puede ser de otra forma, es violencia lo que la constituye. La *desaparición* no puede ser más que *forzada*, pues ella es esa misma fuerza. Aquél a quien desaparecen queda suspendido en la tensión de su desaparición, no trasciende a ningún lugar donde podríamos encontrarlo, lugar que lo evidenciaría como ausente (tal vez perdido, incluso muerto) en un lugar cualquiera y determinado para él.

Y esta misma fuerza, esta misma violencia que la desaparición es —y según su propia naturaleza arrolladora— irrumpe e inquieta nuestra condición, y nos fuerza a advertirla y a mantener nuestra atención sobre ella: desaparición forzada que fuerza también nuestra vigilia. Acudimos, sin intención alguna (nos conducen), a una llamada que tampoco quiso pronunciarse; puesto que, ya se ha dicho, desaparecen para desaparecer, para borrar cualquier rastro, sepultar cualquier evidencia, diluir toda presencia, esa es la intención, pero también el error. Tal acto es imposible, nadie logra desaparecer-se, a lo sumo se ausenta o muere. Desaparecer es impensable, siempre queda algo, evidentemente no en quien desaparece, sino en nosotros: el recuerdo, la memoria no permite que se efectúe una desaparición aunque insistan infatigablemente. Y es por ello, entonces, que este acto se muestra violento y, por lo mismo, evidente. Desaparecer está por fuera de cualquier posibilidad, y por eso, cuando hay un intento de perpetrarlo, se hace visible, atrae la atención aunque no quieran, aunque no queramos ni estemos listos. Nunca quisieron llamar la atención, pero llamaron, y atendimos.

Claro, no significa que por dirigirnos hacia aquella acción, ella se resuelva y el desaparecido aparezca, esto no sucederá, cualquier intento no resolverá nada. Esto, más bien, ocasiona un conflicto, dado que la preocupación no es por aquella abstracción, no es por la desaparición en sí (esto es asunto de quien no tiene por qué preocuparse); sino que es, sin lugar a duda, por quien es y está desaparecido, él es quien nos importa, y hacia él van todos nuestros esfuerzos. Mas no sabemos nada de él, está desaparecido, y por lo tanto, la dirección de nuestros esfuerzos y nuestra búsqueda se interrumpe en el acontecimiento mismo, éste se intensifica y se nos hace más angustiante, se reafirma la desaparición, confirmamos que el desaparecido lo está, y no logramos salir de este hecho.

La única salida posible frente a esta acción es encontrar a quien han desaparecido (hay que seguir buscando), y como aquella salida no podemos hallarla por medio de la acción misma y el desaparecido no aparece, recurrimos al otro punto, a aquellos que la han ocasionado. Ellos tienen la respuesta —eso esperamos—, pueden decirla. Al haber un agente que desaparece, habría alguien que podría dar respuesta a la desaparición, tendría algo por decir del desaparecido y

de su paradero: aún es inconcebible creer que no está en ninguna parte. Tienen la respuesta, pero hay un problema, ¿cómo podrían entregarla? *Ellos* no están, son eternos ausentes, esto es lo que los caracteriza: ser *ellos*, no tener identidad ni singularidad alguna, no permitir que haya alguien a quien dirigirse, ni en quien sostener la desaparición, ni mucho menos al desaparecido; mantener el espacio, pero sin lugar; ser, a lo sumo, una dirección hacia la cual nos podríamos dirigir sin la posibilidad de llegar a ninguna meta.

Todavía permanece la angustia de enfrentar la desaparición, angustia que se traduce en recuerdo, en memoria, y que hace que aclamemos con la voz entrecortada la presencia del desaparecido, que pidamos y busquemos la cercanía de aquél que ahora no está... ni lejos. Clamor, muy posiblemente, nimio y, quizá, insignificante en *nuestro* pasado ni siquiera recordado, apenas referido; en uno remoto que no pertenece al nuestro, donde la desaparición no tenía un significado encerrado y suspendido en un “concepto” obligado a surgir desde y hacia la misma palabra, sino que se trasladaba a nuestras imágenes de aquél que está ausente construidas por una esperanza que insinuaba un “¿dónde estará?”, “¿cómo estará?”, “¿con quién estará?”, “¿qué hará?”: se trasladaba a lo que no era más que un motivo de vida (o de muerte), un motivo más dentro de lo que significaba y significa vivir. La desaparición estaba dentro de lo que constituye la vida, formaba parte de su significado, y no se alejaba de ella, en absoluto. Ahora es un significado que no encontramos en la vida y, por lo tanto, en nada que nos sea habitual; es uno que, hasta el presente, no podemos ni alcanzamos a concebir, tiene una naturaleza con la cual no estamos familiarizados, sino que, por el contrario, ejerce en nosotros una violencia tal que quedamos estupefactos en el intento de comprenderlo. Es un significado (¿acaso lo es?) que no va más allá del comunicado extraño que, frecuentemente, dice “lo desaparecieron” como si fuera fácil de entender, y que por su propia extrañeza, nos obliga a entenderlo (porque queremos entenderlo) de otra manera: “ya no volveremos a verlo”, quizá. No da ninguna esperanza de encontrar consuelo, ni siquiera, la que pueda traer el afán de que aquél comparta con nosotros la mínima condición de *estar en alguna parte*. Y solo queda la pena de preguntar “¿dónde lo tendrán?”, “¿qué le habrán hecho?”. Nos enfrentamos a sentencias que se quedan en sí mismas, flotando —no hay quién responda— y, como una barrera, chocamos contra ellas y nos detenemos frente a ellas.

Es lo cercano, lo presente, lo que nos complace, y al tener cerca solo la desaparición (nada), esto se convierte en desesperación, inquietud, no lo aceptamos soberanamente; necesitamos algo cercano, algo que nos traiga a la presencia a aquel desaparecido, ya que él no viene ni nos dicen nada, pero solo podemos acudir a lo cercano. Entonces recurrimos a un retrato (el rostro), a un nombre, a algo que nos refiera siempre a su individualidad, a su singularidad, a lo más personal e íntimo de él, a su imagen donde se busca descansar y un alivio. Pero esto no es ningún

consuelo, pues sabemos que tan solo es un *feliz* engaño, una presencia que cae también en esta relación; es interrupción: un nombre, una foto que, más allá de ellos mismos, no dicen nada, son inmutables, eternos y silenciosos. Una foto y un nombre que permanecen en su serenidad desgarradora, por fuera de todo lo que es natural al cambio propio y acostumbrado, incluso imperceptible, de alguien, y que llama la atención por tan sospechada calma e inmutabilidad. Por otra parte, aunque no nos llevan al encuentro con aquel desaparecido, se instauran como la *palabra* con la cual podemos pronunciar un hecho insólito e impactante que pretendían fuera imperceptible; se declaran como el *lugar* en el cual se sitúa nuestro padecimiento, como también nuestro aliento. Los hacen culpables a ellos, aunque quieran ocultarse en la desaparición misma. Pues, ya lo hemos dicho, desaparecer es imposible, aunque persistan en hacerlo.

---

<sup>1</sup> MEJÍA TORO, J., *Incursiones de un tercer mundano en la ficción del pensamiento*, Colecciones Autores antioqueños, Medellín, 1997, 105.